

# El Tránsito

Julián F. Barbosa



Image not found.

# Capítulo 1

## El Tránsito

El descuido se notaba por la altura de los yuyos. Para fines de otoño las lluvias llevaban ya muchas semanas ausentes y sin embargo los pastos se mantenían altos, sin que importe si entre ellos se escondían bichos peligrosos o si se pudría basura fuera de la vista. El parquecito supo ser un lugar muy bien cuidado, con el césped corto y surcado por prolijas sendas de piedra granza que conectaban los asadores en sombra junto a la costanera, con la calle San Luis loma arriba, también con los juegos para chicos y con el concurrido comedor-quiosco. Sin embargo eso era el pasado, ahora el parque se encontraba desatendido por la municipalidad y abandonado por los vecinos de la ciudad.

Del sector llano donde solía jugarse al fútbol ya no quedaba ni una de las polvorientas marcas de césped faltante sino que la maleza lo cubría todo. Ya no se veía tampoco, desde hacía años, a familias numerosas esperando su comida a las brasas, ni a los niños corriendo detrás de una pelota o delante de un barrilete, ni tampoco a personas descansando panza arriba echados sobre una manta. Ahora el parque servía, a lo sumo, como desierto lugar de paso, para quien andando por la zona necesitara de un atajo.

Y era en este solitario lugar donde sucedía que, cuando el sol bajaba y no había ningún testigo presente o que estuviera atento, un viento fresco y joven inclinaba un poco los yuyos y arrastraba bolsas de nylon y papeles por el suelo. En las noches más quietas, extrañamente una hamaca apenas si se mecía por alguna brisa demasiado leve; luego las gotas de rocío se unían y bajaban veloces por el medio del deteriorado tobogán en una caída de vértigo. También pasaba que el subibaja chirreaba sólo brevemente con un ligero y difícil de explicar movimiento.

Meses atrás, Víctor se había decidido por escribir una biografía de su apreciado padre para que viera su propia vida con otros ojos. Anotó cada cosa que sabía de él y completó la historia con los relatos de conocidos y de quienes le tenían en estima.

Así fue que, una vez terminado el trabajo, la breve obra mostraba a Antonio como a un hombre franco y convencido de que cada persona, tarde o temprano, recibiría con justicia lo que se merecía. A la vez, no dejaba dudas de que la suya había sido una vida de pocos éxitos, sus ingresos habían sido siempre modestos y por capital había tenido tan sólo una vieja motocicleta. Las oportunidades de viajar y conocer otro lugar habían sido pocas para él y habían llegado en momentos de imposibilidad. La biografía además contaba que al trabajo como dependiente de la ferretería, lo había aceptado con gratitud y lo había recibido con

responsabilidad cuando joven, pero dejaba claro también que le había ocupado, con fugacidad, la mayoría de los años de su vida. Como afición le entusiasmaba la comunicación por radio y logró orgullosamente la escucha y breve contacto de estaciones en ocho provincias argentinas, en el Uruguay y en el Brasil, y recibió las pruebas de cada uno de estos eventos por correo.

El texto también narraba que Antonio había tenido reveses en su vida. Las visitas a su madre al instituto de psiquiatría al parecer le habían resultado tan difíciles de afrontar tanto siendo aún un niño como cuando, más grande, creía comprender un poco mejor la situación. También la obra entendía que le fue difícil la partida de su padre cuando los dejó sin aviso, poco tiempo antes de la internación de su madre.

Pero a la vez reflejaba que con ellos vivió momentos muy felices: animado por su padre a saltar justo en el momento en que la hamaca se volvía hacia atrás, o desobedeciendo con picardía a su madre cuando le pedía que se sentara y se agarrara firmemente en lo alto del tobogán o cuando no le quedaba más remedio que sujetarse fuerte al subibaja del parque porque su padre, en el otro extremo del juego, lo sacudía con los brazos al subir y al bajar.

—Pocos años más y hubiera sido considerado un adulto —dijo Víctor hablándole a la noche y al frío mientras cerraba el cuaderno en el que había escrito la biografía tras leerla en voz alta.

El parque estaba silencioso y de las lejanas calles circundantes llegaban los sonidos del ocasional paso de autos y la tenue luz de las distantes lámparas de calle.

—Las perspectivas que yo tenía de una familia se habían prácticamente esfumado y vos y mamá me recibieron con tanto amor... —las emociones le hicieron callar un momento e inspirar hondo para poder continuar:

—Siempre estuviste al lado de mamá, cuidaste de nosotros toda tu vida, cuidaste de tus amigos y siempre fuiste generoso con todos, nadie tiene dudas de eso —Víctor sostenía en su mano un pequeño oso rugiente de cerámica que había sido muy importante para su padre desde niño.

Se levantó del suelo. Sentía extraño el aire de esa noche al respirar.

—Significas tanto para todos nosotros —hizo una pausa y de su puño cerrado cayó una lluvia de polvo y fragmentos mientras apretaba el frágil objeto con fuerzas—... Ahora es tiempo de seguir. Por favor déjate ir y sé otra estrella eterna como las demás.

Y desde entonces el parque quedó más vacío que nunca. Y Víctor caminó de regreso con una reconfortante sensación de serenidad.